

## DISCURSO DE CONTESTACIÓN

POR EL ACADÉMICO

M. I. SR. D. JOSE CARUANA REIG, BARÓN DE SAN PETRILLO

Ligado por vínculos de parentesco, por coincidencia en gustos y aficiones y por una afectuosa amistad con el Marqués de Montortal, no debía ser yo, seguramente, quien os lo presentase, pues podríais sospechar que las lindezas y bienandanzas que de él os dijera eran las alabanzas del deudo, engendradas por un sincero afecto o consecuencia de una muy vieja camaradería; pero ya que la real existencia de estos sentimentales motivos me coloca en la moral obligación de ser yo el padrino introductor, y para ello he sido nombrado por nuestro Presidente, he de deciros que el nuevo Académico, que desde hoy se incorpora a nuestras tareas y viene a formar parte de esta clásica, antañona y valencianísima entidad, es don Fernando Núñez-Robres y Galiano, Salvador y Talens, VI Marqués de Montortal, de la Calzada y de Montenuevo, Señor jurisdiccional y solariego del lugar de Cerdá, en la huerta de Játiva, caballero maestrante de la Real de Valencia y su Teniente de Hermano Mayor, caballero del hábito de San Juan en la Orden Soberana de Malta, Gentilhombre de Cámara, con ejercicio, de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, mi Señor (Q. S. G. H.), Diputado que fue en las Cortes de la Monarquía, etc., y lo que para vosotros, los que sentís el amoroso culto admirativo por el Arte, tiene una mayor y envidiable significación: el Marqués de Montortal es el feliz poseedor del interesante palacio de la plaza de Tetuán, donde reside, y conserva, con el cuidadoso celo del *amateur*, selectísimos objetos, muebles, tapices, cerámicas, pinturas, heredados los más y adquiridos los menos, que convierten su señorial mansión en un verdadero e importante Museo, cuyas principales piezas acabamos de admirar.

Pero no creáis tampoco que es nuestro nuevo compañero un advenedizo traído a esta casa única y exclusivamente por su personal afición o por sus interesantes colecciones, pues, aparte de sus profundos conocimientos adquiridos tras muchos años en continua convivencia con el Arte, el recipiendario tiene un ilustre abolengo en nuestra corporación; su padre, don Fernando Núñez-Robres, fue miembro destacado de ella y, sobre todo, su tío carnal, don Miguel Galiano, IV Marqués de Montortal, académico de número y Presidente de esta real entidad, fue el ilustre y generoso mecenas que costeó de su particular peculio las obras de adaptación de nuestro antiguo museo, y que con hermoso rasgo señorial arrojó —sin leerlos— a las brasas de su chimenea los justificantes de la elevada suma que abonó seguidamente con prócer sencillez.

Por lo demás, yo no os voy a descubrir la personalidad del nuevo académico, de todos sobrado conocida, y que destaca con relevantes rasgos en nuestra

ciudad. De él podemos decir que es una figura representativa de la vieja nobleza valenciana en quien se aúnan la sencillez, la distinción y la generosidad, las tres cualidades que integran el *specimen* del antiguo Señor, o sea la gradación superior al caballero, cuya simpática silueta moral y material va desapareciendo para nuestra desgracia de la moderna sociedad.

Pero si nada que ignoréis puedo contaros de Montortal, algo puedo deciros de sus calificados linajes que, como sabéis, es el blanco de mis flaquezas.

Pertenece, por su varonía, nuestro compañero a una vieja raza exótica en nuestro reino que, según el difunto Marqués de Tejares, con distintas variaciones en el linaje Núñez, como Núñez-Robres, Núñez Flores..., dio lugar a las primeras y más destacadas familias de su tierra que poseían los señoríos solariegos sobre numerosos predios en las extensas llanuras de la Mancha.

Ostenta también, entre sus estirpes, la rancia de los Galianos, Alcaldes hereditarios del Castillo de Almansa y la valenciana de Talens, regidores perpetuos por el estado noble de la villa de Carcagente, pero lo que de modo principal y en primer término representa el recipiendario en nuestro antiguo reino es la antañona Casa de Texedor, señores feudales de Montortal, conquistadores de Játiva y en ella establecidos como primeros pobladores desde el tiempo del Rey don Jaime, los que allí residieron secularmente como nobles vecinos de la misma, ejerciendo los cargos del concejo, poseyendo casa solariega en la clásica calle de Moncada y patronato con capellanía sobre los altares de San Pascual y San Nicolás de Tolentino en los antiguos cenobios de San Onofre y San Sebastián de la urbe setabense.

Entre las preclaras ilustraciones de este eximio linaje, citamos ya en otra ocasión al capitán de caballos e inspirado poeta don Vicente Texedor, caballero montesiano, que alcanzó la elevada dignidad castrense de Maestro de Campo de Infantería española, y su hermano, el culto y virtuoso canónigo don Onofre, sacrista de la catedral de Játiva y poseedor de copiosa biblioteca que donó al convento de agustinos de aquella ciudad; la señora de Montortal, doña Inés Bellvis, citada por los escritores regnícolas, sus coetáneos, como dama de acrisoladas virtudes; el coronel don Nicolás Texedor, guerrero insigne y comendador de la Soberana Orden de Malta; el I Marqués de Montortal, don José Texedor y Judici de Acharte, Capitán Requeridor de la costa marítima, y tantos otros que harían esta lista interminable.

No queremos omitir el recuerdo de dos delicadas damitas valencianas consanguíneas del recipiendario que popularizaron sus aristocráticas coronas en diminutivo, en castellano una y en lengua vernácula la otra; son muy conocidas en el folklore regional y fueron llamadas la Marquesita y la Marqueseta.

La primera de ellas, que falleció muy joven en los principios del siglo XIX, sin posteridad de su matrimonio con un Cardona, vástago de la egregia estirpe de los Almirantes de Aragón, fue la Marquesita, cuyo cariñoso apelativo se hizo familiar a los valencianos por las conocidas estrofas que se leen en una de las primeras lápidas de nuestro cementerio:

En esta región, yace, del olvido  
De Montortal la joven Marquesita  
Quien en temprana edad ha reunido  
Virtudes que el guarismo no limita.

Versitos que han popularizado a la joven aristócrata, a pesar de los prosaicos guarismos que tan a destiempo trajo el mediocre vate.

La segunda, conocida por la Marqueseta, por ser hija de los Marqueses de la Calzada, salvó a Carcagente de una horrible catástrofe, ofreciendo su vida como víctima propiciatoria al Mariscal Harispe en la guerra de la Independencia, cuando éste, ciego de cólera, ordenó pasar a cuchillo a la población como represalia por la trágica emboscada en la que cayeron los mejores oficiales de sus vanguardias.

El nobilísimo rasgo de la jovencita conmovió de tal modo al General francés, que perdonó a la villa y no llevó a cabo su terrible sentencia.

Estos son, pues, los históricos próceres consanguíneos del nuevo académico, y éste es el Marqués de Montortal, a quien la Real Academia abre hoy sus puertas con el beneplácito y la satisfacción de todos sus componentes.